

De Félix Armando Núñez

Libreta del camino

(Al modo de Jules Renard)

I



I a la cumbre del monte lejano
no te lleva tu ideal de poeta,
agradece al azul la violeta,
que te pone una estrella en la mano.

II

¿A la Gloria enviaríais o al infierno
a los gorriones,
a esos glotones
que se tragan la escasa luz de invierno?

III

Por gustar, impaciente, un luminoso sorbo
se adelanta el cerezo infringiendo las normas,
y los pinos al frente le ponen ceño torvo
y le enseñan en vano las más rígidas formas.

IV

Para la Primavera aun no hay quorum,
y ya está todo en flor el pistosporum.

V

Protesta la araucaria
en elevado idioma
de que olviden la gracia originaria
por Aténas o Roma.

VI

Si no es lo que promete ser, te enojas,
pero haces una rápida excepción,
cuando te regocija el corazón,
nuncio de suerte, el trébol de cuatro hojas.

VII

La chicharra al almuerzo nos invita
cuando raspa en su rallo la hora brava
y hace hervir una incógnita marmita
y recorta un mantel que nunca acaba.

VIII

¿Por qué, oh! grillo, insinúas
en la tórrida siesta
que cerquen la floresta
con alambre de púas?

IX

La lagartija en plena retirada,
le grita al rapazuelo:
—Espera a que esté grande y fogueada
como el caimán, mi abuelo.

X

¿Quién fijó de antemano el consonante
que sinfoniza al gallo
con su enorme serrallo?
(La poesía está hecha en un cielo radiante).

XI

La gracia del poeta así no es mucha,
no inventa: sólo escucha.
Pero no a la corteza vayáis sino a la miga,
porque escuchar con atención, fatiga.

XII

Prisco y persiana muestran ser parientes.
Si lo dudas, estudia bien las fuentes,
y haz amable memoria
de cómo en el verano te devuelven la gloria.

XIII

Si la boca del río al sol se tornasola,
ya está verde de envidia y echando espumas la ola.

XIV

El avión, deslumbrante matapijo,
hace un último giro,
para ver la laguna, que parecía un ojo
azul, y es un zafiro.

XV

En el rincón, la gata pensativa
sus horizontes al salón restringe,
y duda de que estando ella viva
valga la pena un viaje a ver la Esfinge.

XVI

Entre pellines, boldos y canelos, la encina
su atmósfera ateniense y platónica añora
y piensa en la tertulia de la estirpe divina
y su alma desterrada en el mundo de ahora.

XVII

El cerezo del Japón
es un delicado vate:
da primero la ilusión
de su flor, de un rosa pálido,
y luego, en el tiempo cálido
su hoja es un vino granate.

XVIII

Su verde amargo platea el olivo
en la suave eminencia del alcor,
cuando recuerda a Jesucristo vivo
en su mayor dolor.

XIX

¿Qué le pasa a la retama
que en un delirio solar,
sobre el oscuro pinar
está imitando a la llama?

XX

Una idea me absorbe,
y es la de Segismundo:
si no será más que ilusión el orbe,
modo único de ser dueño del Mundo.

Mas un cielo estival de azul profundo
te disuelve en su cálida turquesa,
y claramente expresa
que eres tú el sueño, y la vigilia, el mundo.

XXI

A la Eva opulenta del Tiziano
sucede hoy una Eva ágil, sutil,
y al ancho templo gótico o romano
el dardo vibrador del campanil.

Clara espiga que asume el firmamento,
columna con fulgor de eucaristía,
impone un íntimo recogimiento
y es la aleluya del glorioso día.

XXII

Si quieres superarte
—va diciendo el vilano—
aprende de mí el arte
sumo de ser liviano.

Así sigues al viento
en su voluble andanza
y hasta tu pensamiento
cobra un aire de danza.